

cienda, y adicto á la persona del Presidente, sintióse herido en su dignidad, que era la más delicada fibra de su carácter, por una alusión tanto más picante cuanto él mismo sin pensarlo la había provocado; y acercándose á la mesa de la Secretaría extendió allí una lacónica renuncia del empleo que ejercía, con la solemne advertencia de que no desempeñaría otro alguno durante la administración de Herrán. La circunstancia de hallarse presente el señor Ospina, le permitió, después de pocas palabras cruzadas con él en voz baja, la satisfacción de eruirse en seguida con su renuncia en la mano, aceptada con la firma del secretario de Estado, y presentando este comprobante inequívoco de su independencia de carácter, anudó la interrumpida argumentación.

Á otro día, muy temprano, ARBOLEDA estaba en casa de Caro, y después de darse un abrazo de fraternal reconciliación, paseábase mano á mano recitándose alternativamente sus versos.

La elección de nuevo presidente no fué por entonces, como de ordinario lo ha sido, ocasión de alborotos y escándalos, pero sí determinó más y ahondó la división del partido constitucional. Fueron candidatos el general Mosquera, el general Borrero y el doctor Cuervo. ARBOLEDA, que combatía la candidatura de Mosquera y apoyaba la de Borrero, escribió por entonces un folleto que tuvo mucho eco, intitulado *Los tres candidatos*. Excluida la candidatura civil, la competencia quedó, por desgracia, reducida á Mosquera y Borrero.

Mosquera era un hombre por muchos motivos peligroso: se había hecho temer de sus contrarios, sin ganarse la estimación de sus partidarios. Colérico, arbitrario, cruel, había hecho pasar por las armas en la guerra de 1840-1842 á muchos prisioneros de guerra, sin fórmula de juicio, y estos « crímenes » (1) consentidos, no castigados y sí en cierto

(1) Caro no tuvo reparo en llamarlos así, primero en el *Granadino*, 1842, y después en la *Civilización*, 1850.

modo premiados con la candidatura á la Presidencia, debían ser, y fueron en efecto, inmoral y funesto antecedente que había de arruinar temprano ó tarde el imperio de la legalidad. Su vanidad quijotesca y sus extravagancias probaban que faltaba á sus facultades el debido equilibrio. Borrero era un intrépido y gallardo militar de la independencia, pero tan desgraciado en la guerra cuanto afortunado su competidor; miembro de ilustre familia de Cali; de noble y caballeroso porte; tan hábil en la elocuencia parlamentaria como en la forense (pues era también abogado), de elocución simpática y lozana, llena de felices alusiones históricas; fué él quien en 1840 con una improvisación impetuosa dejó herido de muerte al general Santander.

Mosquera, en cambio, había ganado batallas, había fusilado y ahorcado liberales á troche moche. En vez de principios políticos, de que carece quien navega sin más norte que su ambición, tenía Mosquera audacia coronada por el éxito, prestigio militar, y valiosas relaciones de familia. Hubo una circunstancia decisiva en su favor. El presidente Herrán, en ejecución y cumplimiento de una ley de misiones, había llamado al país los jesuitas, y estos religiosos, entre los cuales vinieron algunos respetabilísimos, como el R. P. Gil, que después desempeñó el alto cargo de Asistente por las Américas, establecieron en Bogotá y otros lugares de la Nueva Granada casas de enseñanza, noviciados y misiones. Contra ellos se levantaron á un tiempo los furoros de los liberales incrédulos, y las preocupaciones de algunos conservadores. El santo y sabio, y una y muchas veces ilustre arzobispo don Manuel José de Mosquera, era decidido protector de los jesuitas; hermano del Arzobispo, don Tomás Cipriano, el General, había prometido mantener en el país á la Compañía, al paso que Borrero, escéptico en religión, é imbuido en el filosofismo francés, miraba mal á los hijos de san Ignacio de Loyola, y los liberales, adhiriéndose á la candidatura de este general, esperaban que convendría



en expulsar á los jesuitas. De esta suerte Mosquera ganó opinión, y se vió puesto por las circunstancias al frente de la buena causa, debiendo en ésta como en otras ocasiones su elevación, no á virtudes propias, sino á vicios ó faltas de sus competidores.

Renovóse más de una vez en años posteriores la cuestión de los jesuitas, y doloroso pero necesario es reconocer que no tuvo la Compañía por entonces acusador más poderoso y temible que ARBOLEDA, precisamente porque no insultaba, sino argüía, bien que con sutileza á veces y extraviado por la malicia de apasionados escritores como Michelet y Quinet. En 1848 publicó ARBOLEDA su folleto *Los Jesuitas*, en el cual se proponía demostrar que no era conveniente la existencia de los jesuitas en el país como instituto docente, y que los padres de familia no debían confiarles la educación de sus hijos. En contestación aparecieron dos folletos, uno (que sólo citado hemos visto) intitulado *Arboleda y González y los Jesuitas*, y otro, una erudita y bien razonada *Refutación de algunos errores del Sr. Julio Arboleda sobre los Jesuitas y sus constituciones*, que corrió anónima, y entendemos es obra del señor Groot.

¿Qué movió á ARBOLEDA á escribir contra los jesuitas? Creemos que una convicción errónea, pero sincera. Muchos que ni los habían tratado ni los conocían, profesábanles un odio de imaginación, nacido en la lectura de obras apasionadas, falsas y malignas. Á tiempo que la juventud liberal los estudiaba en la infame novela *El Judío Errante*, imaginando que cada padre de la Compañía era un Rodín, no faltaban algunos conservadores que aprisionados en el cerco mágico de las *Cartas Provinciales* mirasen también á los jesuitas con recelo y antipatía. La imparcialidad y la justicia exigen que se advierta que ARBOLEDA, atacando á los jesuitas, empezaba por confesarse católico. Habíase colocado en el terreno mal seguro, pero no paladinamente heterodoxo del abate Gioberti, cuyos escritos influyeron no poco en su

fantasía. Una falsa idea de los jesuitas, formada en la lectura de obras parciales, y un celo patriótico exaltado, un infundado temor de la influencia que pudieran ejercer en la juventud las enseñanzas de clérigos extranjeros, torcieron la noble pluma de ARBOLEDA en aquella malhadada controversia. Penoso le fué sostenerla contrariando y lastimando á personas. — como él mismo decía — *que apreciaba con toda su alma*. Penoso también debió de serle ver cuán pocos le acompañaban contra los jesuitas en el terreno católico, y que los ecos que despertaba en torno, eran los de la ignorancia, la incredulidad y la envidia. Ni tardó mucho en desengañarse de su error. En 1850 desaprobó como arbitraria la expulsión de los jesuitas decretada por el presidente López; y expatriado encargó la educación de sus hijos á los Padres de la Compañía: retractación elocuente, y de hecho, de las ideas consignadas en sus publicaciones de 1848.

Comprometido de esa suerte en contra de la opinión general del partido conservador, en un punto íntimamente conexionado con la cuestión capital de la enseñanza pública, ARBOLEDA por aquel tiempo marchaba, con independencia personal, fuera de la órbita y disciplina de los partidos. De filas opuestas procedía don Florentino González, conspirador en 1828, y liberal decidido en 1840; pero estaba por entonces en situación política análoga á la de ARBOLEDA, porque habiendo modificado sus ideas en sus viajes por Europa, era ya « un hombre positivo y no un político entusiasta, un pensador en vez de hombre de partido ». (1) ARBOLEDA y González escribieron juntos en *La Época*, y juntos publicaron *El Siglo*. González fué llamado por Mosquera á la secretaría de Hacienda, y llevó adelante importantes reformas. Á ARBOLEDA se le brindó con el portafolio de relaciones Exteriores, y con una misión á Europa, pero no quiso aceptar cargo alguno en la administración del general Mos-

(1) Samper.



quera, ni jurar por entonces en nombre de ningún partido ni de candidato alguno. Retirábase á la vida privada, donde iba á sorprenderle bien pronto y á envolverle con ímpetu en no esperadas peripecias el turbión revolucionario.

## IV

## REVOLUCIÓN DE 1851

El Congreso de 1850 debía perfeccionar la elección de presidente de la República, señalando para este puesto á uno de los tres candidatos favorecidos por los sufragios populares. El distinguido abogado y estadista don Rufino Cuervo era el candidato conservador ministerial. El doctor Gori, abogado también, de antecedentes ambiguos y de importancia personal escasa ó ninguna, era candidato conservador de oposición: su candidatura, que no él mismo, representaba todos los odios y desabrimientos engendrados en el seno del partido conservador por un hombre como Mosquera, que tenía, como de él dijo J. E. Caro, acierto para desacreditar con arbitrariedades el camino de las reformas. Era candidato liberal el general José H. López, elegido con habilidad para no asustar á los legitimistas ni disgustar á los revolucionarios; porque López no había tomado cartas en la guerra de 1840, pero había sido compañero histórico y era grande amigo de Obando, el caudillo de la terrible revolución de aquella época. Creían los liberales que con mañosos preámbulos para ejercer violencia en momento oportuno, triunfarían sobre el partido conservador destrozado por la discordia intestina.

El 7 de marzo de 1849 el Congreso de la Nueva Granada, después de una votación reñida, y bajo las amenazas de una

turba armada, eligió Presidente de la República al general José Hilario López. Con él vinieron al poder los revolucionarios de 1840, y constituyóse un gobierno reaccionario que mantuvo agitada la nación y encendió la guerra civil.

La religión y la propiedad, bases de toda sociedad culta, fueron blanco de insultos oficiales. El partido triunfante ejerció una serie de actos encaminados á atacar la disciplina de la Iglesia Católica, á privarla de sus facultades canónicas, á arrebatarle sus propiedades, á suprimir las oblaciones necesarias para el sostenimiento del culto y sustentación de sus ministros. Desenterróse la malhadada real pragmática de Carlos III para expulsar á los Padres de la Compañía de Jesús; (1) dictóse asimismo decreto de extrañamiento contra el ilustre arzobispo de Bogotá, señor Mosquera, y otros obispos; fueron ocupadas sus temporalidades, ajada su dignidad, calumniada su conducta y ultrajadas sus personas.

Al mismo tiempo sembraba el Gobierno la maldita semilla de las *sociedades democráticas*, que en el Cauca, región volcánica, donde « todo es grande, hasta el delito », como decía ARBOLEDA, se desenvolvieron como una calamidad pública. Se proclamó el principio prudoniano: « la propiedad es un robo », y se inventó la dominación del célebre *perrero*: hombres odiados sólo por razón de su alcurnia ó de su riqueza, eran azotados por partidas de *democráticos*; las señoras mismas no siempre pudieron librarse de tan atroz ultraje. Reiteradas veces, y siempre en vano, se denunciaban al Gobierno semejantes desmanes, que el secretario de

(1) Podéis hablar vosotros asimismo  
Humildes misioneros de la Cruz,  
Ante los cuales del reabierto abismo  
Renace del Borbón el despotismo  
En esta edad de luz.

J. E. CARO, *Oda citada.*



Estado señor Murillo con cínica sonrisa calificó de *retozos democráticos*.

ARBOLEDA, como hemos visto, había pertenecido á la oposición durante la administración del general Mosquera, era amigo personal de López, y algún tiempo antes de la elección del 7 de marzo se hallaba retirado en sus valiosas haciendas del Cauca, dedicado á empresas agrícolas é industriales. No fué, por lo tanto, preconcebida la oposición que hizo ARBOLEDA á aquella Administración. Moviéronle á desempeñar el importantísimo papel político que le tocó hacer entonces, sus intereses amenazados, como honrado propietario, y sus sentimientos profundamente heridos como buen patriota.

En Popayán publicó el *Misóforo*, periódico de oposición, del cual aparecieron nueve números (13 junio-27 noviembre, 1850). La principal producción que en este periódico vió la luz es una elocuente carta, dirigida á los editores de la *Gaceta oficial*, el *Neo-Granadino* y *El Conservador*, en la cual trataba esta tesis: *¿Qué es López? — Tirano*.

También aparecieron en el *Misóforo* las satíricas *Escenas democráticas*. (1)

No impunemente se hace uso de la imprenta para combatir á los que proclaman, como proclamó la administración López, « libre absolutamente la expresión del pensamiento de palabra ó por escrito ». Tomóse pretexto de un discurso pronunciado por ARBOLEDA en una reunión, y con tal motivo fué reducido á prisión, por sentencia judicial. En la cárcel de Popayán (1851) y en día aniversario del 7 DE MARZO, aparecen fechadas las dos valientes poesías políticas *Estoy en la cárcel* y *Al Congreso Granadino*.

« No basta — decía el ilustre Jovellanos — que los pueblos estén quietos, es preciso que estén contentos; y sólo en corazones insensibles ó en cabezas vacías de todo prin-

(1) Se incluye un fragmento en esta colección.

cipio de humanidad, y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo. »

¿Y qué diremos de Gobiernos que han aspirado á dominar sin lo segundo ni lo primero; de facciones revestidas de aparato legal, enemigas de la sociedad, que se empeñan en herirla y lastimarla en sus más sagradas tradiciones y en sus intereses más caros, hasta lanzar á hombres pacíficos en desesperada resistencia, para oprimirlos como á rebeldes y tener pretexto de ejercer rapiñas y proscripciones?

ARBOLEDA era en principio enemigo de las revoluciones; él abogó siempre por el castigo severo de los revolucionarios; él en 1849, en 1854, en 1860 combatió con heroico é indomable esfuerzo á los revolucionarios... Y sin embargo en 1851 ARBOLEDA fué revolucionario; y no sólo él, joven entonces, de fogosa imaginación y de sangre hirviente: entre los pronunciados hubo hombre de la calma y patriarcal estilo de un don Pastor Ospina (y como él pudiéramos citar á otros muchos) que anduvo á pie, como guerrillero, arma al brazo, por los cerros de Guasca.

La explicación de este fenómeno está en aquella anómala situación creada por un fanático é imprevisor liberalismo en pueblos medio-civilizados; en la existencia de Gobiernos revolucionarios y suicidas. Entendiólo así ARBOLEDA cuando en 1851 exclamaba: « ¿En qué país, en qué tiempo se vió jamás que el Gobierno instituido para reprimir y castigar el delito, para proteger y alentar la virtud, sea el enemigo declarado de los buenos y el decidido protector de los perversos? »

Pero no hay necesidad de apelar al testimonio de los que fueron actores en aquellos sucesos. Plumas extranjeras y autorizadas juzgaban del mismo modo, en el *Annuaire des deux mondes* (1851-1852), la situación política de nuestra patria en aquel período: « La Nueva-Granada por una de esas manías de imitación que son la plaga de las sociedades hispanoamericanas ha estado entregada al furor revolucio-



nario. Los clubs llamados *sociedades democráticas*, establecidos lo mismo en Bogotá que en las últimas poblaciones, han envuelto el país en la anarquía. Multitud de periódicos, principiando por la *Gaceta oficial*, se han dado á propagar tan pernicioso influencia, que data del 7 de marzo de 1849. Pasiones, táctica, lenguaje, todo ha sido allí como un eco de la demagogia europea. El Gobierno mismo ha sido y se ha gloriado de ser un Gobierno socialista. El general López, Presidente de la República, se ha puesto á la cabeza de tan extraño movimiento, siendo sus principales auxiliares el señor Murillo, secretario de Hacienda, y el general Obando, candidato á la presidencia en el siguiente período. El general López se alaba de haber descubierto el maravilloso secreto de fundar la tranquilidad pública sobre la libertad absoluta. Y no ha habido, con efecto, durante el año 51, sino dos insurrecciones á mano armada, amén de la inseguridad universal causada por la permanente agitación revolucionaria. Consecuente consigo mismo, el general López pide en su mensaje que se abroguen todas las leyes destinadas á reglamentar el ejercicio de la libertad. »

» Asistimos, pues, á una representación transatlántica de todas las invenciones y delirios del espíritu revolucionario europeo. *Enfin, l'administration du Général Lopez s'est employée le plus consciencieusement du monde à bouleverser législativement la Nouvelle-Grenade.* » (1)

Al mismo tiempo ejercía la presidencia de la vecina República del Ecuador el señor Novoa, conservador; y el general Obando, que con honores de triunfo volvió á la Nueva Granada, á su paso por Guayaquil animó á Urbina, ofreciéndole el apoyo indirecto del gobierno de Bogotá, á poner por obra el proyecto de revolución que allí se meditaba, y que no tardó mucho, efectivamente, en dar en tierra con el gobierno de Quito.

(1) Véanse igualmente los escritos de Mr. Ch. de Mazade, en aquella época, sobre el *Socialismo en la América del Sur*.

Novoa, amenazado por los agentes de López, miraba con simpatía á los oprimidos granadinos, y no impidió que Cárdenas primero, y don Sergio Arboleda después, comprasen armas en Quito y allegasen recursos para intentar una revolución en el sur de la Nueva-Granada. En Popayán una junta de notables había trazado secretamente el plan de operaciones: Borrero debía ejercer la autoridad civil y ARBOLEDA la militar. La impaciencia hizo abortar aquellos planes. Algunos jóvenes del valle del Cauca, llevados de desesperación, escribieron á sus amigos del sur, que sin más espera iban á pronunciarse, y ésta fué la señal. Levantóse en Túquerres el coronel Ibáñez con 200 hombres, marchó sobre Pasto, y fué destrozado por el general Franco en Anganoy (11 de mayo).

ARBOLEDA recibió en Quito la noticia del pronunciamiento de Ibáñez. ¿Cómo estaba allí? De la cárcel de Popayán había salido con fianza pecuniaria que prestó su hermano don Sergio; pero apenas hubo vuelto á su casa cuando los *democráticos*, más que tolerados, azuzados por las autoridades, se propusieron molestarle con frecuentes asonadas y tumultos nocturnos, haciendo fuego á las ventanas y amenazando derribar las puertas. Según lo acordado anteriormente por la Junta revolucionaria, ARBOLEDA debía permanecer en Popayán; pero reducido á verdadero estado de sitio en su propia casa, fué preciso que se escapase, y con efecto, á principios de abril salió de secreto en vía para el sur. En el sitio de *La Venta*, hoy *La Unión* (famoso en la historia del asesinato de Sucre), un oportuno aviso le salvó de una celada. Excusóse de pasar allí la noche, como lo tenía pensado, y al llegar al río Juanambú, conversando con el pasero de la *tarabita*, comprendió la realidad del peligro que le amenazaba. Pasado el río, echóse á andar por veredas, y descalzo, con un pie lastimado, con ruanilla y sombrero de peón, trepando cerros y atravesando malezas, salió al fin á la explanada de Túquerres, y de ahí pasó al Ecuador.



Con otros emigrados volvía ARBOLEDA de Quito á la frontera, cuando supo en Ibarra el desastre de Anganoy, y guiado del honor, no de la prudencia, activó la marcha. Luego que por Tulcán pasó la raya, reunió á los comprometidos y dispersos; ejecutó operaciones atrevidísimas, y atacando el pueblo de Buesaco, defendido por tropas regulares, la suerte le fué adversa (10 de julio). En Itanjú sucumbió definitivamente aquel alzamiento.

Otras tentativas semejantes, verificadas en otras partes de la República, tuvieron el mismo infeliz remate á que de ordinario están condenados los voluntarios bisonños y gentes allegadizas, aunque por otra parte valerosas y resueltas, cuando combaten con tropas veteranas.

ARBOLEDA con otros emigró por el desierto de Sechura al Perú, y permaneció en Lima hasta principios de 1853. De la revolución de 1851 se le originaron considerables pérdidas de intereses. No bastando los recursos allegados por suscripción para continuar la campaña, y no queriendo ejercer expoliaciones, los dos ARBOLEDAS tomaron en préstamo, y bajo su responsabilidad, valores que después reintegraron religiosamente de su peculio particular. Entre tanto sus haciendas del Cauca eran destruídas con bárbaro furor por sus enemigos ensañados.

Los ARBOLEDAS, Cárdenas y otros compañeros, ricos en su patria, desheredados en tierra extraña, se dedicaron en Lima á ocupaciones pedagógicas y periodísticas para ganar la subsistencia. Justo es consignar aquí el nombre del caballero peruano, don J. J. de Osma, entonces secretario de Gobierno, que viendo la situación de ARBOLEDA, le ofreció con la mejor voluntad, de su caja particular, el dinero que necesitase. ARBOLEDA, sin aceptar el don, dió á su generoso valedor explícitas muestras de gratitud profunda.

En el saqueo de su casa de Caloto desaparecieron por aquel tiempo, entre sus papeles, algunos cantos del *Gonzalo de Oyón*. En Lima rehizo parte de este poema. Bajo el pseu-

dónimo *Eldropeito* publicó también dos cartas políticas, muy notables, al general Echenique, Presidente de la República Peruana.

De Lima se despidió con aquellas galanas y melancólicas estrofas que principian :

Me voy de las playas alegres, süaves,  
Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla  
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,  
¡Do nunca ha negado sus rayos el sol!...

## V

## CAMPAÑA DE 1854

Del partido liberal colombiano surgió, como hemos visto, el que después fué conservador granadino, representado al principio, con alguna ambigüedad, por el presidente Márquez, y fortificado por el triunfo del Gobierno sobre la revolución de 1840.

En el seno de la fracción liberal y revolucionaria, en aquella época, había asomado una división, que el peligro común y la común desgracia encubrieron y disimularon : de un lado estaban los militares y adoradores de la fuerza, entre quienes descollaba Obando, y de otro los predicadores de utopias, dirigidos por el doctor Azuero. (1)

Vencido en 1851 y excluido de los negocios públicos el

(1) « Mi candidato ha sido Obando... » — escribía Santander en 1836 al doctor don Rufino Cuervo. « No he estado por Azuero, porque este hombre con sus teorías nos llevaría al golope al fondo del abismo. » Así juzgaba Santander el futuro *golgotismo*.



partido conservador, dispersos y emigrados sus prohombres, desenvolióse en el seno del partido liberal aquel antiguo germen de discordia intestina. Obando, el mismo Obando de antaño, elegido para sucesor de López en la presidencia, era jefe del *draconianismo*; el doctor Murillo encabezaba á los *gólgotas* autores de la Constitución de 1853.

Venían al poder en ese año un Presidente *progresista* ó *draconiano*, y una Constitución *radical* ó *gólgotica*.

Á la sombra de esta discordia, los conservadores amnistiados volvieron á la escena política, y ARBOLEDA, que en 53 se había trasladado á Nueva York con su familia, vino á Bogotá en 1854 para asistir al Congreso como Senador por Buena Ventura.

Todo era por entonces sordas amenazas, que á veces estallaban en motines y conflictos parciales en calles y plazas. Obando irresoluto calló y se encerró, dejando que su amigo Melo, comandante general, tirase por dondè la pasión y su buena ó mala suerte le diesen camino. ARBOLEDA, adueñado de los pérfidis planes que se meditaban, los denunció en el Senado con vehementes peroraciones, enseñando con el dedo á los nuevos Catilinas. Se temió, se dudó, difirióse el remedio que pedía el peligro inminente, y á muchos sorprendió el estampido del cañón que en la madrugada del 17 de abril proclamó dictador á Melo.

Y aquí fué el huir los diputados, y marcharse á las provincias á promover lo conducente para resistir á la dictadura y restaurar el orden legal. Y no hubieron de conseguirlo, conservadores y *gólgotas*, coligados con el nombre de *constitucionales*, sino en abierta lucha con la Dictadura, continuada con alternativas de prósperos y adversos sucesos, y no terminada sin dolorosos sacrificios.

El coronel ARBOLEDA organizó la columna Tequendama, y ocupó y fortificó á Honda, como punto estratégico. Con tal determinación, no comprendida ni favorecida por el general Herrera, demostró Arboleda su genio militar y su

inteligencia previsora, porque aquella columna fué base de la división que á órdenes del general París conservó la línea del Magdalena, y sirvió á los constitucionales para concentrarse y rehacer ejército después del sangriento destroz de las fuerzas constitucionales en Tiquiza.

Impaciente por carácter, ávido de ocasiones en que ejercitar su bravura personal, propúsose ARBOLEDA, acercándose á Bogotá, dar un asalto á la guarnición de Guaduas (300 hombres) con las tropas francas que por entonces comandaba. Marchó con su compañero Gutiérrez Lee el 24 de junio, llevando sólo cien hombres. Pasaron el monte *trochando*; cuando estuvieron á una legua de la población, se vistieron todos de azul y negro; enviaron á un solo individuo que observase á gatas los destacamentos y avanzadas, y luego fueron dejándolas á un lado, deslizándose con cauteloso silencio. De repente cae ARBOLEDA sobre los cuarteles, y aunque la guardia ensayó resistir, esgrimiéndose armas blancas en choque sangriento, logró su intento el intrépido acometedor.

También se debió á ARBOLEDA la ocupación de la Mesa. Desde el 4 de agosto había escrito á su jefe el general París, pidiéndole le diese orden de atacar aquella importante plaza. « Allí hay mil hombres — le decía; — pero si de nuestros dos mil trescientos soldados se coloca en Coello una división, y marcha sobre la Mesa una columna de mil cuatrocientos hombres escogidos, se destruyen los mil hombres que tiene allí Melo. Poniendo en Coello balsas y champanes suficientes, puede regresar la gente de la Mesa dejándola guarnecida y artillada, y embarcándonos en el Magdalena podemos destruir toda la gente que amenaza á Ambalema, y acabar así con la mitad del Ejército enemigo, desmoralizando el resto de tal modo que se desgrane. »

No creían los jefes superiores, militares y civiles, ser llegada ocasión propicia para ocupar la Mesa; pero ARBOLEDA insistió una vez y otra en su empeño, esforzando



razones; y el general París accedió al cabo. « Como no hay tiempo de discutir — escribía París al secretario de Estado Ospina el 3 de setiembre — *me he sometido* obrando de conformidad » (con lo que pedía ARBOLEDA).

Por temerario se tuvo su proyecto, y aun el Poder Ejecutivo meditó entorpecerlo. Pero ARBOLEDA, recabada la orden que de su jefe había solicitado, obró con actividad y alcanzó lo que se prometía, ocupando la ciudad de la Mesa el 11 de setiembre.

Tres meses más combatió, concentrado en la Sabana de Bogotá, el poder dictatorial. El 4 de diciembre de 1854 el ejército constitucional tomó por asalto la capital de la República, y restauróse el imperio de las leyes.

Reo de alta traición el presidente Obando, tocó al señor Mallarino, como vicepresidente, ejercer el Poder Ejecutivo, y á ARBOLEDA como presidente del Congreso, dar posesión de su alto cargo al nuevo magistrado.

Del elocuente discurso, después muchas veces reimpresso, que en ocasión tan solemne pronunció ARBOLEDA, transcribiremos el rasgo siguiente :

« Todo anda trocado entre nosotros : el desorden ha pasado del mundo físico al mundo moral. La extraña confusión que se nota en el uso de las voces más conocidas no es sino consecuencia necesaria de la confusión de ideas. Llámase libertad la ausencia de la seguridad; el sosiego interno, fuente fecunda y pura de industria y de riqueza, se apellida retroceso; el castigo legal de los delitos que pone á salvo la vida y la propiedad de los granadinos se califica de inhumanidad; y argúyese en son de progreso con la anarquía de la conciencia, de la legislación y de la familia. ¡Y siempre están las palabras en contradicción con los hechos, y los labios son siempre disfraz para el corazón!...

» En vano ostentará el magistrado su liberalidad con frases galanas de mentida filantropía; que si deja atacar nuestras personas, ó violar nuestras propiedades, ó destruir

escuelas y universidades; si permite que el honor de nuestras esposas y nuestras hijas esté á disposición de foragidos estúpidos; si perdona ó no persigue á los delinquentes ;por más que hable y arguya diremos que su liberalidad es la cosa más semejante que hay en el mundo á la tiranía, y sentiremos fuertes y justas tentaciones de cambiar nuestra libertad bastarda é insoportable por cualquiera especie de servidumbre menos onerosa y degradante. »

Quizá no se ha parado la atención en el valor que añaden á estas frases enérgicas las circunstancias en que se pronunciaron. La alianza con los radicales ó *gólgotas* en 1854, inevitable como sacrificio en aras de la legalidad, debilitó en muchos conservadores la adhesión debida á los principios tradicionales de su escuela política. Faltando á la sabia regla agustiniana : *diligite homines, interficite errores*, fraternizábase malamente con las ideas malas. Difícilmente halló Mallarino, ya encargado de la Presidencia, Secretario que conviniera en firmar las objeciones que opuso á una ley, defendida por no pocos conservadores, que abolía la pena capital para delitos atroces. Toda aquella mezcla y perversión de ideas obró sus efectos naturales, y la Constitución de 1858, fué poco menos que una apostasía.

Pues cuando ya empezaban á estar en boga las zalemas románticas al liberalismo flamante, ARBOLEDA mostraba los peligros y falacias de unas doctrinas cuyos frutos amarguísimos se habían cosechado ya en 1851; aludía á aquella época aciaga con vivos colores, sin respetos humanos, ante un auditorio mixto, en que se veía á los López y Murillos confundidos, en el goce de unos mismos honores de triunfo, con los Ospinas y Herranes; proclamaba, en fin, con ingenuidad y vehemencia duras verdades históricas y altas verdades morales.



## VI

## CAMPAÑA DE SANTA MARTA (1860)

La administración de Mallarino, como su origen y las prendas personales del elegido lo presagiaban, fué una trenga, en que florecieron la paz y las letras.

La elección de presidente de la República, que entre nosotros es señal de combate, despertó las adormecidas pasiones, y trajo consigo, en 1856, tres caudillos: Ospina, del partido conservador; Murillo, del *gólgota*, que de pequeños principios había crecido, y por entonces se ostentaba adulto y fuerte; y Mosquera, que aspiraba á presidir un nuevo partido, conservador-liberal, que él con ufanía apellidaba *nacional*, compuesto de algunos conservadores, y algunos miembros del bando dictatorial proscrito.

Ospina, presidente en el período de 1857-1861, (1) debía ser víctima de errores ajenos y propios, y de los actos de debilidad y abdicación de su partido. La constitución de 1858 anuló casi del todo el poder central, y con la soberanía de los Estados trajo « el carnaval de los caciques de aldea ». (2) Los *gólgotas*, dueños del Norte (Estado de Santander) extremaron sus locas teorías, minando las bases de la sociedad, y últimamente se rebelaron contra el Gobierno General. Vencida aquella rebelión había de retoñar bien pronto, en

(1) El resultado de la elección directa y secreta fué: por Ospina 96,000 votos; por Murillo 82,000, por Mosquera 32,000. Curioso dato, porque en aquella vez por circunstancias excepcionales se manifestó la opinión con no usada libertad.

(2) Definición que dió de la república federal el señor don Lino de Pombo.

alianza y bajo la suprema jefatura de Mosquera, que en el otro extremo de la República, como presidente del Estado del Cauca, conspiraba con más habilidad y acierto. Él había jurado que si triunfaba Murillo le haría revolución con los conservadores, y si era elegido Ospina, lo derribaría con el auxilio de los *gólgotas*. Cumplió el voto y por decreto del 8 de mayo de 1860 desconoció algunas leyes nacionales pretextando que lastimaban la « Soberanía de los Estados », y negó la obediencia debida al Gobierno General. Obando, que en otra época había escapado de la persecución implacable de este caudillo, se puso á órdenes de Mosquera, hasta rendir triste é ingloriosamente la vida en su servicio.

También se sublevaron los Estados de la costa atlántica y el país gimió envuelto en el incendio de la guerra civil.

ARBOLEDA, después que pronunció su elocuente oración en 1855, alejóse de la política, y vivió en París atento á la educación de sus hijos. Sólo una vez vino á Bogotá para entender en un pleito por intereses que había entablado contra un antiguo socio de comercio. Llamóle Ospina al servicio del Gobierno; y aunque no eran amigos personales, ARBOLEDA, abandonando familia y comodidades de vida parisiense, tornó á someterse á las fatigas de Sísifo en el infierno de nuestras guerras civiles.

Primeramente recibió órdenes para pasar al Cauca y oponerse á Mosquera; pero al llegar á la costa atlántica se le previno que tomase á su cargo las escasas tropas nacionales que había en Santa Marta, y procurase restablecer el orden en aquella región anarquizada. Pero después de una campaña de mar y tierra que sostuvo con éxito vario, por algunos meses, luchando con increíbles dificultades, por falta de marina, y por la incurable indisciplina de la tropa, tuvo por fin contraria á la fortuna. Una escuadrilla que debía bajar el Magdalena para obrar en combinación con las fuerzas de Santa Marta, no pudo llegar á su destino. Entre tanto la desmoralización de las tropas radicaba en hábitos